



MEDIO DECIMOCUARTO

Ejercitarse con anticipación en los actos de las virtudes cristianas que conviene hacer en el artículo de la muerte.

LA vida del hombre es como un drama, cuyo desenlace, que se termina con la agonía, encierra el más importante de todos nuestros intereses. Mientras permanecemos en el escenario del mundo expuestos en espectáculo á Dios, á los ángeles y á los hombres, combatimos contra el demonio con un éxito incierto de una parte y por otra con alternativas de victoria y de derrota. Mas, al terminar nuestra vida, el combate debe ser decisivo por la pérdida ó la ganancia del reino celestial; esta última lucha nos ofrece tantos más peligros cuanto la debilidad de nuestras fuerzas por la enfermedad, disminuyendo la energía de nuestra resistencia, dobla por

el contrario, el vigor de nuestro enemigo en sus ataques. Vemos una imagen de este supremo combate en la mujer del Apocalipsis, quien *llevando un hijo en su seno hacia resonar los gritos del dolor y sentía todas las angustias del alumbramiento, y delante de la cual el dragón se detuvo, á fin de devorar á su hijo al punto que ella le hubiese dado al mundo.*¹ Este alumbramiento, dice S. Ambrosio, es la imagen de lo que sucede en el día en que el cristiano debe dar el gran paso de este mundo á la otra vida. La Iglesia militante designada por esta mujer, nos lleva á nosotros, sus hijos, mientras dura nuestra vida mortal en el seno de la religión, en las entrañas de la caridad, hasta que á la hora de la muerte nos da á luz para el cielo y nos introduce en la mansión de la Iglesia triunfante para ser allí eternamente dichosos. Mas, á fin de oponerse á nuestra dicha, el dragón infernal, á quien *queda poco tiempo,*² nos ataca con una ira furiosa, y acecha todas las ocasiones posibles de devorar el fruto que lleva en su seno la Iglesia nuestra tierna madre, de la cual quisiera frustrar toda esperanza.

Los últimos instantes de una vida que se nos escapa son ese *poco tiempo* que

² Apoc. 12, 12.

¹ Apoc. 12, 2, 4.

le queda al demonio, y durante el cual, inflamado de una grande cólera, le ataca con un aumento de furor, y precipita contra el cristiano moribundo las innumerables y terribles falanges de toda clase de tentaciones. En efecto, el demonio sabe muy bien que, si no es vencedor en esta ocasión, la muerte va á arrebatárle para siempre la esperanza de ganar la victoria: emplea, pues, todas sus fuerzas con una rabia que no conoce ni descanso ni tregua, á fin de hacer sucumbir nuestra alma de cualquier modo que sea. Con una astucia igual á su malicia, inventa una infinidad de medios, y emplea mil artificios para asegurar su triunfo. ¡Cuánto, pues, de nuestra parte nos importa ejercitarnos con anticipación en la práctica de todo lo que puede asegurarnos la gracia de una buena muerte, y acostumbrarnos desde ahora á hacer actos de las virtudes cristianas que nuestro confesor nos sugerirá en nuestros últimos momentos para sostenernos y fortalecernos más y más contra la violencia de las tentaciones! Sin esta sabia previsión, nuestra alma, muy poco habituada á los piadosos sentimientos que procurará entonces inspirarnos, sería, tal vez incapaz de recibir una impresión saludable, nos ocasionasen una gran turbación. A fin de fa-

ilitarnos la **práctica** de estos diferentes actos, **presentaré** aquí muchos modelos que he **sacado** de los salmos, ó recogido de algunos **otros** lugraes de la Escritura y de los PP. **ó** compuestos por mí. Entre estas **diversas** fórmulas, cada uno podrá escoger los **pasajes** en que encontrare más gusto, **más** unción y piedad, y los comentará á **fin** de ayudarse con ellos en el artículo **de** la muerte. Para que el lector pueda **escoger** he querido reunir un gran número **de** todos estos actos.

ARTÍCULO I

Actos de las virtudes cristianas sacados de los Salmos.

Actos de fe.

Vuestros **testimonios** están llenos de verdad. (**Salmo** 92). Vos solo sois Dios, (85). Vos **dais** á cada uno según sus obras (61). Vos sois mi Dios y mi Salvador (24). Yo me he unido, Señor, á los testimonios **de** vuestra ley..., porque la verdad es el **principio** de vuestras palabras (118).

Actos de adoración.

Venid, **prosternémonos**; adoremos y lloremos **ante** el Dios que nos ha creado, porque el **Señor** es el gran Dios sobre to-

dos los dioses; él es el Señor nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo, y las ovejas que conduce con su mano (94). Adorable, vosotros todos que sois sus ángeles (6). Que toda la tierra os adore y os cante, (65).

Actos de esperanza.

Señor y Dios mio, yo he esperado en vos (7). Señor, vos sois mi esperanza. Vos sois mi protector y mi asilo, vos sois mi Dios, y yo esperaré en vos (90). Señor, salvad á vuestro siervo, que espera en vos (85). Yo he dicho: he esperado en vos, Señor, y jamás seré confundido (70). Vuestro espíritu de bondad me conducirá por el camino recto (142). Vos me colmareis de gozo con la vista de vuestro rostro (15). Yo habitaré eternamente en vuestro tabernáculo (60). Vos estais, Señor, lleno de bondad, de dulzura y de compasión para aquellos que os invocan (85). Yo tengo una firme esperanza de ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (26). Bendecid al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna (117). El Señor es fiel en todas sus palabras, el Señor está cerca de los que le invocan con la sinceridad de su corazón. Cumplirá la voluntad de los que le teman, escuchará su oraciones y los salvará (144). Nuestro Dios es el Dios que puede salvar (67).

Actos de amor de Dios.

Yo os amaré, Señor, á vos que sois mi fortaleza (17). Vos sois el Señor Altísimo que reina sobre toda la tierra (96). Yo he amado vuestros mandamientos más que el oro y el topacio; y los he preferido al oro y á la plata (118). Bendice al Señor, ¡oh alma mía! y que todo lo que hay en mí bendiga su santo nombre (102). El Señor nuestro Dios es santo (90). Su grandeza no tiene límites (144).

¡Cuán admirables son vuestras obras, Señor! Vos habeis hecho todas las cosas con una sabiduría soberana (103). Las obras del Señor son grandes..., la gloria y la magnificencia resplandecen en sus obras (110). Nuestro Señor es grande; su potencia es infinita, y su sabiduría no tiene límites (146). El Señor es grande; su grandeza excede á toda ponderación y va más allá de todo límite (144).

Alabad, ángeles, al Señor: cantadle, potencias celestiales (148). Amad al Señor, vosotros los que sois sus santos (30). Pueblos, alabad todos al Señor (116). Publicad conmigo las maravillas del Señor: celebremos todos juntos la gloria de su nombre (33). Que el nombre del Señor sea bendito desde ahora y en todos los siglos, y desde oriente hasta el occidente (112). Que toda la tierra tema al Señor

(32). Que toda carne bendiga su santo nombre en el siglo presente y en los siglos de los siglos (144).

Actos de temor de Dios

Señor, no me reprendáis en vuestro furor ni me castigéis en vuestro cólera: mis ojos se han turbado ante los rayos de vuestra indignación (6). Las olas de vuestra cólera han pasado sobre mí, y los terrores con que me habeis herido me han arrojado en la turbación (87). No entréis en juicio con vuestro siervo, porque ningún hombre viviente será justificado en vuestra presencia (142).

El Señor es terrible en sus designios sobre los hijos de los hombres (65). Vuestra justicia es como las montañas más elevadas, vuestros juicios son un profundo abismo (35). El terror y el espanto han caído sobre mí (54). Penetrad mis carnes con vuestro temor, porque vuestros juicios me llenan de espanto (118).

Vos sois terrible. ¿Quién os podrá resistir? (75). ¿A dónde iré yo para escapar de vuestro espíritu? ¿Dónde huiré para ocultarme de vuestras miradas? Si subo al cielo, allí estais; y si desciendo á los infiernos, allí estais también (138).

Actos de dolor

Señor, tened compasión de mí, según la grandeza de vuestras misericordias, y según la multitud de vuestras bondades, borrad mi iniquidad..., porque yo conozco mi injusticia.

Contra vos solo he pecado y hecho el mal en vuestra presencia. No me arrojeis de vuestra presencia, ni quitéis de mí vuestro Espíritu Santo. Apartad vuestra vista de mis pecados, y borrad todas mis iniquidades... Lavadme más y más de mis manchas y purificadme de mi pecado... Vos no despreciaréis ¡oh Dios mío! el corazón contrito y humillado (50).

Señor, tened compasión de mí, porque he pecado contra vos (40). Mi dolor está continuamente delante de mis ojos (37). Mi vergüenza está incesantemente delante de mí y la confusión cubre mi semblante (43). Mis ojos derraman torrentes de lágrimas, porque he violado vuestra ley (118). Tened compasión de mí, Señor, tened compasión de mí (56). No apartéis de mí vuestro rostro, ni os retiréis de vuestro siervo en vuestra cólera (26). No os acordéis de los pecados de mi juventud ni de mis ignorancias (24). Tened compasión de mí, Dios mío, tened compasión de mí, porque mi alma ha puesto su confianza en vos (56).

Tened compasión de mí y escuchad mi oración (4). Acordaos de vuestras bondades Señor, y de vuestras misericordias, y perdonadme todos mis pecados (24). Perdonadnos nuestros pecados á causa de vuestro nombre (78). Que vuestra misericordia caiga sobre nosotros, Señor, como nuestra esperanza está en vos (32).

Actos de buen propósito

Yo he jurado y resuelto acatar los decretos de vuestra justicia. Yo estudiaré vuestra ley y la cumpliré de todo corazón; yo meditaré vuestras justicias y me ejercitaré en el conocimiento de vuestros mandamientos, porque ellos están llenos de equidad y porque vuestra ley es la verdad misma. Porque yo he amado vuestros mandamientos más que el oro y el topacio. Tratad á vuestro siervo según vuestra misericordia y enseñadme la justicia de vuestros mandatos. Yo observaré siempre vuestra ley por los siglos de los siglos.

La ley del Señor es intachable..., las justicias del Señor son puras..., sus ordenanzas son luminosas; sus juicios son verdaderos, se justifican por sí mismos; son más deseables que el oro, más preciosos que las pedrerías y más dulces que la miel recogida en el panal: una gran recompensa será la herencia de los

que los guardan (18). Conducidme por el sendero de vuestros mandamientos, porque yo quiero observar vuestra ley. He aborrecido todos los caminos de la iniquidad..., porque la ley que ha salido de vuestra boca me parece preferible á todo el oro y la plata (118). Si os olvido, Señor, que mi diestra se seque; y que mi lengua se pegue á mi paladar si yo me olvido de vos (136). Si mis manos son manchadas por la iniquidad..., que yo caiga sin defensa delante de mi enemigo; lo he merecido; que mi enemigo me persiga y se apodere de mi, que me derribe en tierra y que pisotee en el polvo mi gloria y mi vida (7). Miradme y escuchadme, Señor, y Dios mio; alumbrad mis ojos, por temor de que no me duerma un día en la muerte, y por temor que mi enemigo no diga un día: Yo prevalecí contra él (12).

Actos de humildad

Señor, ¿quién es el hombre para que os hayáis manifestado á él? ¿Quién es el hijo del hombre para honrarle con vuestra estimación? (138). Vuestros ojos han visto mi imperfección (138). Soy pobre é indigente (85). Mi existencia es delante de vos como la nada (38). Las tinieblas me han cubierto (54). Mis llagas se han envenenado y corrompido á la vista de

mis desórdenes... No hay nada sano en mi carne... Mis iniquidades se han elevado sobre mi cabeza, y pesan sobre mi como una carga insoportable (37). Su multitud ha superado el número de los cabellos de mi cabeza (39). Mi alma está llena de males, y mi vida ha tocado el sepulcro (87). Si Dios no me hubiera socorrido, muy pronto mi alma hubiera habitado en el silencio de la muerte (93). Yo he querido ser el último en la casa de mi Dios (83). He sido delante de vos como el animal sin razón (72). Para mí soy un grano de la tierra, y no un hombre; soy el oprobio de los hombres y el deshecho del pueblo (21). La alegría ha tomado el lugar de los días de humillación que vos nos habéis enviado, y de los años de calamidad que han pesado sobre nosotros (89). No á nosotros, Señor, no á nosotros la gloria, sino á vuestro nombre (113).

Actos de paciencia

Mi corazón está preparado, Señor, mi corazón está preparado (107). Vos habéis puesto sobre nosotros el peso de las tribulaciones (65). Vos nos habéis hecho el oprobio de los vecinos, la fábula y la risa de todo lo que nos rodéa (43). Mi vida se ha consumido en el dolor y mis años en los gemidos (30). Los do-

lores de la muerte me han rodeado (17). Pronto estoy á todos los castigos... Desgraciado é incesantemente encorvado hacia la tierra, he caminado en la tristeza durante todo el día... He caído en el exceso de la humillación y de la aflicción (37). Señor, enviadnos vuestro socorro en la tribulación (107). No me abandonéis, Señor, no os alejéis de mí, ¡oh Dios mío! Señor Dios de mi salvación, apresuraos á socorrerme (37).

He dicho: yo observaré mis caminos á fin de no pecar en mis palabras... Me he visto siendo el juguete del insensato, y me he callado y no he abierto la boca, porque sois vos quien lo habéis hecho todo (68). El pecador y el tramposo han abierto la boca contra mí; han hablado contra mí con una lengua pérfida; me han sitiado con gritos de odio y me han hecho la guerra sin motivo. En vez de amarme me han calumniado, y yo oraba por ellos (108). La alegría ha ocupado el lugar de los días de humillación que nos habeis enviado y de los años de calamidad que han pesado por nosotros (89).

Actos de resignación

Dios mío, vos sois mi ayuda y mi protector (39). Desde mi nacimiento me he arrojado en vuestros brazos; vos erais

mi esperanza desde que yo era pequeño (21). Os he dicho: mi suerte está en vuestras manos (30). Porque vos sois mi Dios (55). Porque yo soy vuestro siervo (115). Enseñadme á hacer vuestra voluntad (142).

Vuestra misericordia y vuestra bondad me han sostenido siempre (89). Vuestra protección ha sido mi salud, y vuestra diestra mi apoyo (17). Vos me habéis tenido por mi diestra, me habéis conducido según vuestra voluntad, y me habéis sostenido con gloria (72). Yo estaré en seguridad á la sombra de vuestras alas, porque vos sois mi esperanza, mi fortaleza, y mi ciudadela delante de mis enemigos (60). Aun cuando anduviese en medio de las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, porque vos estáis conmigo (22).

El Señor me gobierna y nada me faltará (22). El Señor tiene cuidado de mí (39). El está á mi diestra para que yo no sea quebrantado (15). He aquí que los ojos del Señor descansan con amor sobre los que le temen y sobre los que esperan en su misericordia, á fin de librar sus almas de la muerte y alimentarlos en su hambre (32). Es mejor confiar en el Señor que poner la esperanza en los hombres poderosos (187). Señor, vos sois mi esperanza (90).

Actos de acción de gracias

Yo os alabaré, Señor y Dios mío, y os daré gracias de todo mi corazón, y glorificaré eternamente vuestro nombre, porque habéis usado de gran misericordia conmigo (85). Vos me habéis formado y habéis puesto vuestra mano sobre mí (138). Vos habéis retirado mi alma del infierno y me habéis separado de los que descienden al abismo (29). Habéis liberado mi alma de la muerte y mis pies de la caída (55). Bendice al Señor, ¡oh alma mía! y no olvides jamás sus beneficios (102).

Actos de confianza

El Señor es mi luz y mi salud. ¿A quién podré temer? El Señor es el protector de mi vida. ¿Quién podrá hacerme temblar? Si un ejército se presenta delante de mí, mi corazón no temerá nada (26). Con el auxilio de Dios pasaré las barreras que se me opongan (17). El Señor es mi apoyo, no temeré lo que el hombre pueda hacerme (117). El Señor es mi ayuda y mi protector, mi corazón ha esperado en él y yo he sido socorrido (27). Mi esperanza está en Dios (61).

Dios de las virtudes, bienaventurado el hombre que espera en vos (83). Vos sois mi Padre, mi Dios, y el autor de mi

salud (88). Vos sois mi Dios, mi protector, y no seré oprimido (61). Yo me regocijaré á la sombra de vuestras alas, mi alma se ha unido á vos, vuestra diestra me ha sostenido (62). Mi Dios es mi ayuda, yo esperaré en él (17). Vos sois, Señor, quien afirmáis mi esperanza (4).

Oraciones para pedir la gracia de la perseverancia final

Señor, escuchad mi oración: atended á mis lágrimas (38). No me arrastréis con los pecadores, ni me perdáis con los que cometen la iniquidad. Yo clamaré hacia vos, Señor. Dios mío, no os neguéis á responderme (27). No me quitéis vuestro Espíritu Santo (50).

Señor, oid mis palabras; escuchad mis clamores, estad atento á la voz de mi oración, ¡oh Dios mío y Rey mío! (5) No apartéis de mí vuestro rostro, y no os alejéis de vuestro siervo en vuestra cólera. Sed mi ayuda, no me abandonéis ni me desprecieis, oh Dios, Salvador mío. Yo no he pedido más que una cosa al Señor, y se la pediré siempre, que es habitar en su casa todos los días de mi vida y ver las delicias del Señor (26). Escuchadme, Señor, porque vuestra clemencia está llena de ternura. Miradme favorablemente según la abundancia de vuestras misericordias; escuchadme se-

gún la multitud de vuestras bondades (68).

¿Nos rechazará Dios para siempre? ¿Nos quitará eternamente su misericordia? ¿Se olvidará hacernos gracia? ¿Retendrá su bondad encadenada en su cólera? (76) Nuestro Dios, es el Dios que puede salvar (67). Como un padre perdona á sus hijos, así el Señor perdona á los que le temen, porque conoce el barro de que estamos formados (102). Señor, tomad mi defensa á causa de vuestro nombre, porque vuestra misericordia está llena de dulzura (108). Apresuraos á socorrerme, Señor Dios de mi salud (37). Señor, yo me he unido á vuestros preceptos, no permitáis que sea confundido (118).

Deseos de la patria celestial

Me he regocijado con las palabras que me han dicho: Iremos á la casa del Señor (121). Mi alma aspira á la casa del Señor y desfallece con este deseo (83). Yo no he pedido más que una cosa al Señor, y se la pedire siempre, que es habitar en su casa (26). Ese será el lugar de mi descanso por los siglos de los siglos; allí es donde yo he querido habitar (131).

¡Ay de mí! ¿por qué se ha prolongado tanto mi destierro? (119) Sacad mi alma

de la prisión en que gime á fin de que glorifique vuestro nombre. Yo clamó á vos, Señor, y he dicho: Vos sois mi esperanza, vos sois mi parte en la tierra de los vivientes (141). Yo he deseado la salud que viene de vos, Señor (118). Mis ojos os han buscado, Señor; siempre buscaré vuestra presencia (26).

Como el ciervo suspira por el agua de las fuentes, así mi alma suspira por vos ¡oh Dios mío! Mi alma, que está sedienta de Dios, del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo vendrá y aparecerá en presencia de mi Dios? (41) Mi alma tiene una sed ardiente de vos, hasta que contemple vuestro poder y vuestra gloria (62). Me saciaré cuando vea vuestra gloria (16). Señor, ¡qué grandes son las dulzuras secretas que reservais á los que os temen (30)! Señor, todos mis deseos están ante vos, y mis gemidos no se hallan ocultos (34).

¿Cual es ahora mi esperanza? ¿No es el Señor? (38) ¿Qué hay para mí en el cielo, y qué puedo querer en la tierra, fuera de vos ¡oh Dios mío! Mi carne y mi corazón desfallecen: Dios de mi corazón, Dios mío, vos sois mi herencia en la eternidad (72). Yo he dicho: ¿Quién me dará alas de paloma, para volar y descansar? (54).